

Artes/Letras DIALOGOS

DIRECCION:
RAMON XIRAU

REDACCION:
HOMERO ARIDJIS

ADMINISTRACION:
CRISTINA MARTIN DEL CAMPO

ASISTENTE DE DIRECCION:
JOSE MARIA SBERT

REVISTA BIMESTRAL / VOLUMEN 2 NUMERO 5[11] / JULIO-AGOSTO DE 1966

En este número:

ERNESTO CARDENAL, Economía de Tahuantinsuyu / 3

SAMUEL BECKETT, Imagina, muerta imaginación / 6

GYÖRGY SOMLYO, Octavio Paz y *Piedra de Sol* / 8

SUSAN SONTAG, Los *Carnets* de Albert Camus / 13

ANTONIO MOLINA, En Cejunta / 16

ELEMIRE ZOLLA, Veio y un perro / 18

ALEJANDRA PIZARNIK, El sueño de la muerte y el lugar de los cuerpos poéticos / 21

VALLARTA CARAZA, Cuatro textos / 22

GABRIEL ZAID, La ambición de una poesía total / 23

PEDRO MIRET, Pobre hijo mío / 27

El eterno retorno: Enxienplo del lobo con la cigüeña / 32

Las Artes: Xochipilli y Las figurillas de Jaina, por Paul Westheim / 34; Exposiciones / 37

Lecturas: Pablo Neruda: poesía y naturaleza, por Jorge Edwards / 38; Libros recibidos, 42 / Colaboradores, 44

Dibujos y portada de FRANCISCO TOLEDO

Traducciones: Salvador Barros: *Imagina, muerta imaginación*; Ramón Xirau: *Los Carnets de Albert Camus*; Mariana Frenk: *Xochipilli, Las figurillas de Jaina*.

Correspondencia, suscripciones y canje: Insurgentes Sur 504-302, México 12, D. F., México. Precio del ejemplar: en la República Mexicana: \$ 7.00, siete pesos, moneda nacional. Otros países: \$ 0.80 ochenta centavos de dólar. Suscripción anual: en la República Mexicana: \$ 36.00 pesos, moneda nacional. Otros países: \$ 4.00 dólares. Número atrasado: \$ 10.00 pesos. Otros países \$ 1.00 dólar. Colaboración solicitada. Impreso en México: Imprenta Madero, S. A. [Registro en trámite].

Epígrafe

QUIERO ser optimista. Esta frase parece ya implicar que no lo soy del todo. No quiero, por otra parte, abandonarme a la confesión sólo loable en San Agustín y, en mucho menor grado, cuando la publica Rousseau. Ser optimista hoy, consiste en pensar que los hombres, de todas las tierras, de todas las latitudes, tienen todavía, a pesar de las amenazas agresivas que nos envuelven, una nueva esperanza. Pocos como H. A. Murena lo han declarado y, precisamente en estas páginas de *Diálogos*: la esperanza de una nueva vida fundada en la riqueza de lo cotidiano y lo habitual. No se trata de una esperanza sin compromisos, puesto que la ausencia de ellos conduciría a un mundo de meros automatismos; y digo, *un mundo*, porque ya no se trataría del mundo del hombre. Sino del mundo en bruto de las cosas o de las cosa-hombres o de los hombres reificados. Esperanza, pues, comprometida, pero sea cual sea la ideología que nos preside, comprometida en lo que somos de veras: seres de espíritu y de materia; más concretamente, de alma y cuerpo; más concretamente de alma-cuerpo y cuerpo-alma — por rigurosa que sea la distinción metafísica entre ambas. Si algo se ha perdido en el mundo actual, no es tanto el espíritu ni el cuerpo, sino la necesidad de vivir alma-cuerpo, de espiritualizar el mundo e iluminar la carne sin renunciar a la carne y al mundo. Ilustro lo que estoy diciendo con dos imágenes de la literatura: la literatura como revelación del espíritu puro (el arte por el arte, el poema por el poema) y la literatura como cuerpo puro (ello no sólo en el realismo o el naturalismo sino, también, en esta nueva literatura de costumbres que va surgiendo en el *nouveau roman*; pues, aun cuando no lo piensan sus autores, de hecho hacen *costumbrismo*).

Tal vez, y en este "tal vez" el optimismo, lo que encontrará el hombre de nuestros días, será una nueva vida en la aceptación de la comunidad, siempre que esta aceptación sea al mismo tiempo una forma de asumir la personalidad individual: comunidad y libertad en la persona.

Por esto me parece que los mejores "modelos" —si se me permite un lenguaje matemático—, son todavía hoy la filosofía, o como quiera llamársele, de un Monnier o un Teilhard (siempre que se entienda bien a Teilhard y no se haga de él lo que corre el peligro de hacerse: una moda). Asumir el mundo en su corporalidad y su alma; lo que Merleau-Ponty llamaba la "carne del mundo". Asumir, en una palabra —a la vez unidad y variedad; a la vez cuerpo y espíritu— el Verbo.

R. X.

Pedro
Miret

Arlelio Benítez
1921-5

Pobre hijo mío

I DE ENERO... llueve... no como ayer en las últimas horas de la noche, pero llueve... el estadio está casi vacío... allá abajo la masa de atletas lucha en el fango... supongo que mi hijo, yo y las dos docenas de espectadores aquí presentes somos las únicas personas despiertas en la ciudad... los demás hace más o menos una hora todavía estaban brindando por el año que nace y por el que se va... bailaban... se auguraban que este año va a ser brillante para los negocios y para el amor... bebián por la paz del mundo... y de repente, se dieron cuenta aterrados que se iba a hacer de día y se fueron a dormir... y sólo quedamos despiertos los que nos acostamos temprano... fui a despertar a mi hijo... nos vestimos casi dormidos y ateridos de frío... fuimos a la cocina pero no encontramos nada para desayunar... salimos... las calles estaban desiertas y mojadas... caminamos mucho y finalmente llegamos al estadio que está en las afueras de la ciudad... no había nadie en la taquilla... miré adentro... había un cartel... "Entrada gratuita como una cortesía a nuestros favorecedores con la esperanza que nos sigan dispensando el placer de su asistencia en el año que hoy nace - La Empresa"... siento una sensación de profunda gratitud... entramos al vestíbulo del estadio... está desierto... algunas personas caminan de aquí para allá tratando de entrar en calor... un hombre suspende el paseo y se queda mirando a mi hijo fijamente... nos dirigimos a una mesita que hay en el centro del vestíbulo y tomamos dos programas... en la portada hay un dibujo de un niño recién nacido: el año que empieza... al fondo se ve a un viejo que se aleja tristemente con un balón en la mano: el año que se va... mi hijo señala el dibujo sonriendo... yo le digo:

—¿Es un niño, verdad?

suenan dos timbrazos... algunas personas se van corriendo a la puerta... no hace falta correr, habrá sitio para todos... los que caminan con los brazos a la espalda se detienen frente a un charco que hay en el suelo, levantan la vista tratando de ver de dónde proviene el escurrimiento... uno de ellos señala al techo... me

vuelvo... detrás de nosotros camina fingiendo leer el periódico el hombre que miraba a mi hijo.

—¿Tienes hambre?

me responde que sí, que quiere café con leche y muchos bizcochos... sonríe... mi hijo está en la edad en que se pide lo posible y lo imposible... nos dirigimos a la barra... está vacía... nos sentamos... por fortuna mi hijo parece no entender el letrero que hay en el espejo y que dice "Cerrado"... agarro un menú lleno de polvo que hay encima del mostrador y finjo estudiarlo atentamente... mi hijo mueve los pies y golpea alegremente con sus manitas en el mostrador... pobre hijo mío... dejo el menú y me asomo detrás de la barra... en el suelo hay un hombre enfundado en un grueso abrigo durmiendo.

—Señor, quiero que le sirva a este niño café con leche y muchos bizcochos...

el hombre al oír mi voz abre los ojos y me mira... le cierro el ojo dándole a entender que no haga caso de lo que digo... me vuelvo a sentar y giramos sobre nuestros asientos... miramos en silencio el paisaje glacial que se ve a través de los ventanales del estadio... de repente pasa por allá el hombre del periódico... vuelve a mirar fijamente a mi hijo... me molesta la intensidad de su mirada... se va andando hasta las vidrieras y finge mirar el paisaje... noto que mi hijo lo observa con temor...

—Conoces a ese señor?

mueve la cabeza negando... nos quedamos en silencio...

—Quiero ir al baño...

algo teme, pues si quiere ir al baño es porque está nervioso, yo lo conozco bien... me dice que lo acompañe... es mejor que vaya solo y si el hombre lo sigue saldremos de dudas...

—Ve tú solo, ya eres bastante grande...

lo empujo ligeramente y se va corriendo... el hombre del periódico lo sigue con la mirada... echa a andar bordeando el ventanal y mirando siempre afuera... de repente se desvía y se encamina a la puerta del baño... se detiene frente a ella y lee largo rato el letrero... en-

tra... no cabe duda, es lo que yo me imaginaba... me levanto y voy corriendo al baño... entro... el hombre tiene una rodilla en el suelo y abraza a mi hijo que lo mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hace usted?

el hombre se incorpora sonriendo y dice que mi hijo fue alumno suyo el año pasado, que hacia rato que lo observaba pero no estaba seguro si era él o no.

—Todos los niños se parecen un poco
siento un profundo alivio... nos saludamos y nos quedamos en silencio... le pregunto al maestro cómo se portó mi hijo en el curso pasado... levanta la vista y entrecierra los ojos...

—Se distrae mucho en clase y habla demasiado con sus compañeros, pero cuando le pregunto algo entonces se vuelve mudo... ¿verdad caballerete?
mi hijo tiene la vista baja.

Le he dicho muchas veces que espere la hora del recreo y entonces hable y juegue todo lo que quiera...

—¿Oyes lo que dice el maestro?
mi hijo aprueba con la cabeza.

—¿Y va mal en alguna materia?

—Bueno, mal no, pero debería apretar un poco en historia natural,
los urinarios empiezan a gorgotejar y se ponen a funcionar a un tiempo como si una mano invisible hubiera apretado todos los botones... el maestro pone la mano en el hombro de mi hijo...

—No sabes el placer que me darías si te dieras cuenta que las clases de historia natural son la entrada a un mundo maravilloso que está en todas partes... aun aquí donde estamos existe ese mundo maravilloso... mira, el maestro señala las paredes de concreto por donde escurre el agua de la lluvia.

—¿Ves esas manchas verdes que hay en la pared?...
¿las ves?

mi hijo mira a la pared y aprueba.

—Estoy seguro que nunca las habías observado con atención... pues esas manchas son un liquen microscópico que absorbe el nitrógeno de los baños y que tarda años y años en desarrollarse...

el maestro se apoya en un urinario y rasca con el periódico la mancha verde... suena la tercera llamada... el maestro me mira sonriente.

—Me temo que este no es sitio para despertar el amor por la historia natural...

el maestro se pone el periódico debajo del brazo y se sacude las manos... le da un golpecito en la espalda a mi hijo.

—Nos veremos mañana en clase, ahora a divertirse, salimos del baño... el vestíbulo ya está vacío... ¿qué se hace ahora, se le dice al maestro si quiere venir a sentarse con nosotros o nos despedimos?... caminamos

sin hablar pensando una excusa para separarnos... al maestro se le ocurre una bastante descabellada, pero vale.

—Voy un momento a la entrada a ver si ha llegado un maestro compañero mío con el que quedé citado, nos despedimos... el maestro se va andando a grandes zancadas... todas las puertas de acceso al estadio están cerradas con candados... ¿por dónde vamos a entrar?... veo que una de las puertas más lejanas se abre y sale un empleado... corremos hacia ella... el empleado nos ha visto y quita el candado que había puesto... le doy las gracias y nos disponemos a entrar...

—Boletos.

le digo que en la taquilla hay un anuncio que dice que la entrada es gratis.

—Sólo para los niños.

no es verdad... lo que pasa es que este hombre quiere dinero...

—¿Cómo puedo comprar boletos si no hay nadie en la taquilla?

el empleado se encoge de hombros... echo mano a la cartera y saco un billete... el empleado lo ve y en vez de tomarlo abre un número de "Mundo Deportivo" y se pone a leer... me quedo con el billete en la mano sin saber que hacer... el empleado mueve los ojos de arriba a abajo dando a entender que tire el billete entre las páginas de la revista... lo tiro... cierra la revista de golpe y me da un cartoncito rojo... lo miro extrañando... me dice que es la contraseña para entrar y salir... nos abre la puerta y entramos al estadio... la lluvia continúa...

—Tápate bien.

bajamos las escalerillas... hay miles y miles de localidades vacías, tantas que no acertamos a sentarnos en ninguna... allí hay dos asientos que tienen todavía respaldo de madera... nos sentamos... oigo que alguien baja y me vuelvo... es el maestro que al verme desvía la mirada a las localidades como si buscara a alguien... da media vuelta y vuelve a subir rápidamente por las escalerillas...

—¿Estás contento?

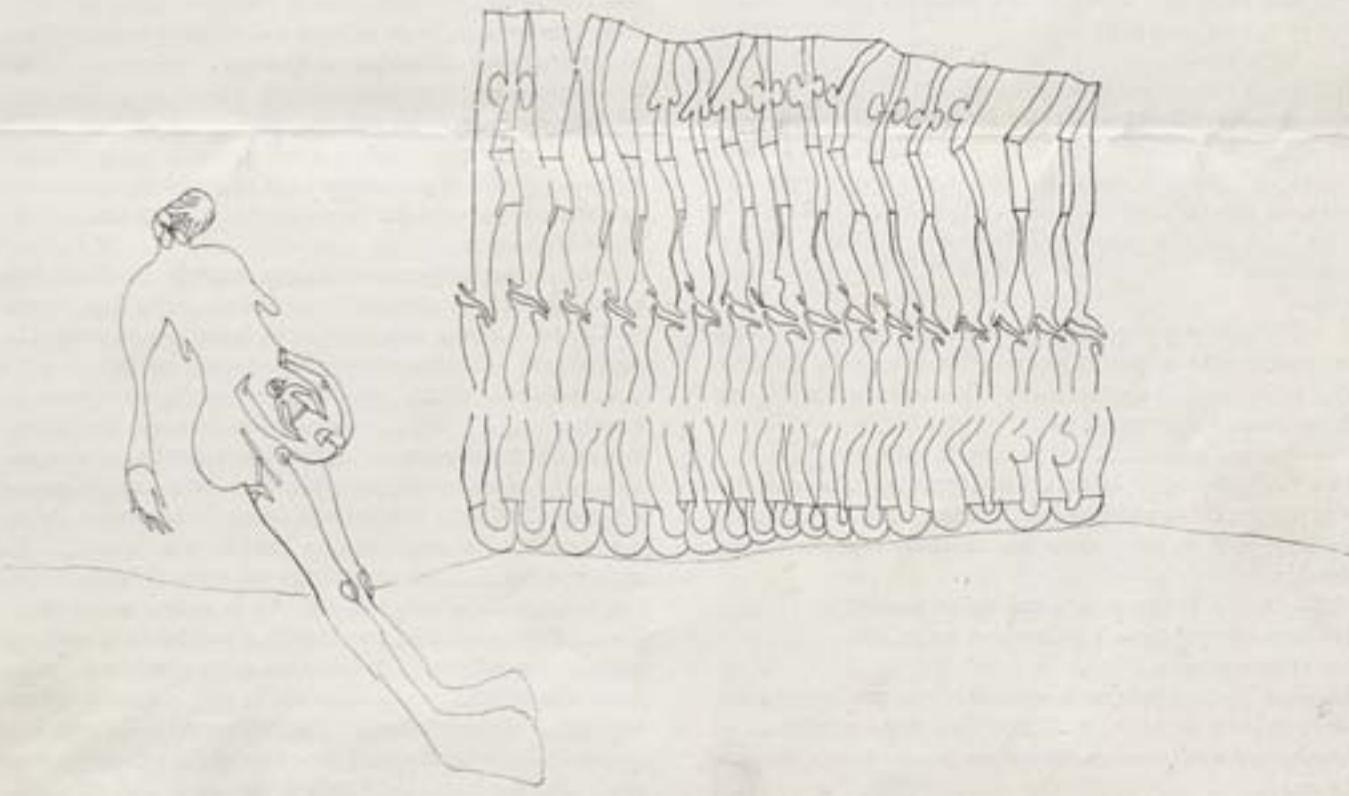
mi hijo mueve la cabeza afirmativamente... pero a mí no me engaña, cuando volvió a ver al maestro se puso triste... se acordó que mañana es el primer día de clase.

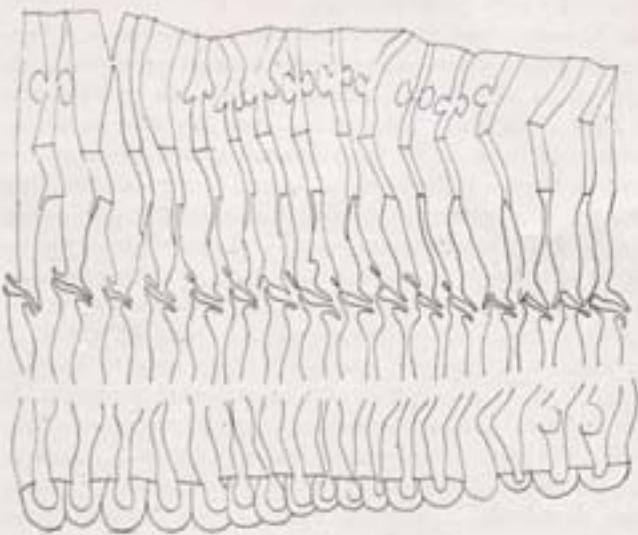
—Mira allá abajo, mira...

allá abajo se desarrolla un espectáculo fascinante y aterrador a la vez... la masa de cuerpos enlazados estrechamente se mueve lenta y caprichosa sobre el fango... los músculos de los atletas se tensan haciendo un supremo esfuerzo... los que parecen perdidos ya sacan fuerzas escondidas y van apartando poco a poco el puño que cae sobre su cara... muchas piernas se van dobrando lenta pero inexorablemente... la masa se va acercando hacia el lado de las tribunas en que esta-

mos... podemos ya distinguir algunas caras de atletas que tienen los ojos cerrados y la boca muy abierta como si fueran a gritar en cualquier momento... se pisan unos a otros despiadadamente... todas las manos están prendidas de algún brazo o de alguna pierna, pero cuando se sueltan golpean a diestra y siniestra hasta que vuelven a ser prendidas por otras manos... la masa se acerca y choca contra los anuncios de lámina... mi hijo alborozado me pide que la bajemos a ver de cerca... nos levantamos y bajamos las escaleras... mi hijo va delante de mí y se vuelve constantemente; quiere que vaya más de prisa... bajamos unos escalones y nos detenemos... ya podemos oír claramente el fragor estantable que producen los atletas al respirar desacompasadamente... bajamos más todavía y nos apoyamos en el borde de los anuncios metálicos... estamos tan cerca que los podemos tocar... mi hijo alarga su manita y agarra un mechón de pelo rubio que cae sobre la frente de un atleta... estira... el atleta vuelve la cabeza un poco, tiene los ojos desorbitados...

—¡Me cago en tu padre!...
mi hijo asustado suelta el mechón... este no es el lenguaje propio de un atleta ni la forma de reprender a un niño... a mi hijo se le nublan los ojos, da media vuelta y sube la escalerilla corriendo... me las va a pagar... muevo la boca... el atleta me mira asustado al darse cuenta de mis intenciones... escupo con todas mis fuerzas... el atleta hace el único movimiento que puede hacer: bajar la cabeza un poco... el escupitajo se pierde entre el amasijo de músculos... miro al suelo buscando una cosa dura con que pegarle... pero sólo hay periódicos y trozos de papel mojado... ¿qué le haré?... el anuncio en que está apoyada la masa empieza a rechinlar... de un momento a otro se empezará a separar de las láminas... alargo la mano, agarro el mechón de pelo rubio del atleta y tiro con todas mis fuerzas... el atleta da un alarido, vuelve la cabeza violentamente y lanza una dentellada... retiro la mano... sus dientes chocan unos contra otros... la masa empieza a alejarse dando traspies y siguiendo el curso errático de siempre... po-





bre hijo mío, dónde estará?... miro a las tribunas... allí está, sentado y llorando con la cabeza gacha... subo y voy a sentarme a su lado...

—Hijo mío...
está empapado y tiembla... lo abrazo.

—No debes llorar hijo mío, date cuenta que esos hombres sufren dolores atroces y que cualquier cosa los irrita... ¿por qué iba él a insultar a un niño como tú? no creo que se haya dado cuenta que lo insultaban, más bien está impresionado por la forma violenta en que reaccionó el atleta... los niños notan muy bien estas cosas.

—No tenemos por qué preocuparnos, los atletas están acostumbrados a que les peguen, les escupan y les tiren del pelo... después se olvida de todo, a mi hijo le hace sonreír esto que digo...

—Así me gusta..., a ver, sonríe otra vez... saco el pañuelo y le seco las lágrimas... siento que alguien me toca en el hombro... me vuelvo... en la fila de atrás hay un hombre de pie enfundado en un impermeable.

—¿Podría hablar con usted un momento?
me estremece el tono lúgubre en que lo dice...

—Por supuesto.

hace un gesto dándome a entender que prefiere no hacerlo delante de mi hijo... nos alejamos un poco... el hombre se sienta y con un golpecito se levanta el sombrero...

—Vi el incidente que tuvieron usted y su hijo allá abajo y le advierto que corren peligro...

—¿Qué corremos peligro?

—Soy cronista deportivo y conozco bastante de estas cosas, no hay gente más agresiva y rencorosa que los atletas... así que hágame caso y váyanse antes de que sea tarde...

lo miro con incredulidad.

—Tengo entendido que los atletas no pueden salir de los baños y mezclarse con el público...

—Pero lo hacen.

me doy cuenta por el tono de su voz que habla en serio... le hago una señal a mi hijo para que venga...

—Se lo agradezco mucho...

el hombre se toca el ala del sombrero.

—Vámonos hijo...

subimos la escalera corriendo... abrimos las puertas y salimos... el empleado nos mira sorprendido...

—Espera.

miro a través del vidrio redondo de la puerta... allá abajo se ha disuelto la masa de atletas y éstos caminan rumbo a los baños, menos el rubio que mira a las tribunas... nos está buscando... ahora mira hacia acá... me hace un gesto amenazador con la mano... ¡qué bárbaro, qué vista tiene!... el empleado que mira por el vidrio de la otra puerta mueve la cabeza preocupado...

—Ya lo vi.

—Vámonos...

el empleado me agarra por el brazo... me trato de zafar.

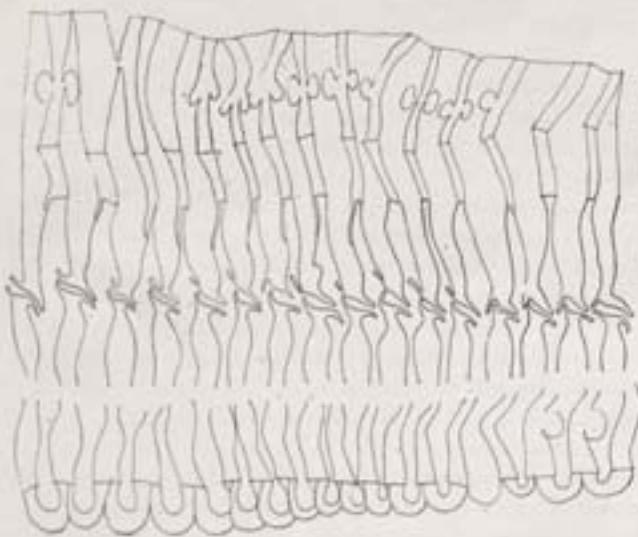
—Espere un momento.

mi hijo llorando golpea al empleado para que me suelte.

—Usted tiene un boleto que garantiza su seguridad personal mientras permanezca en el estadio...
lo miro sin saber si habla en serio o en broma.

—Siganme...

echamos a correr por el vestíbulo desierto... el empleado señala una escalera allá a lo lejos... mi hijo se cae y se pone a llorar otra vez... lo levanto y lo cargo... corremos... el empleado ha llegado a la escalera y sube a grandes zancadas... se detiene y nos hace un gesto de que subamos rápido... se oyen ecos de pasos de alguien que corre ¡es el atleta!... miro hacia arriba... la escalera termina en una construcción que está materialmente adosada al techo y que semeja la torre de control de un aeropuerto... el empleado ha llegado a la puerta... la abre y entra... casi sin aliento subo los últimos escalones y entro... el empleado cierra la puerta y prende la luz... dejo a mi hijo en el suelo y voy hasta la ventana que da al vestíbulo... todavía no se ve al atleta... miro a mi alrededor... esto debe ser la sala de trofeos pues hay una mesa y varios estantes atiborrados de relucientes copas... a través de los trofeos de la mesa entreveo una cama que hay en el fondo del cuarto... el empleado



ha tomado una copa y se la muestra a mi hijo... quiero saber quién está en esa cama... me acerco a ella... por lo visto el empleado vive aquí pues en el suelo hay una estufa eléctrica y varias docenas de latas de conserva... alguien está metido dentro de la cama y tapado hasta la cabeza con una gruesa manta, bueno, no tan bien tapado pues asoman unos mechones rubios... ya veo, el miserable nos ha tendido una trampa... cuando estemos distraídos el atleta saltará de la cama y nos caerá por la espalda... ya me extrañaba el cuento ese del boleto protector... voy de puntillas a la mesa y agarro una copa que tiene una victoria alada en la tapa... cómo pesa... me acerco a la cama, levanto la copa y descargo un golpe con todas las fuerzas sobre el bulto... descorro la manta... me quedo aterrado, en la cama hay una rubia de opulentas formas totalmente desnuda... por su cara corre un hilo de sangre... me vuelvo... a través de las copas veo que el empleado me mira con los ojos muy abiertos... empieza a gritar y a insultarme, pero no se atreve a acercarse...

—Ven conmigo, niño, ese hombre está loco... el empleado agarra a mi hijo, se lo echa a cuestas y sale de la habitación dejándome encerrado... corro a la ventana... el empleado baja la escalera gritando... allá abajo pasa el atleta corriendo... el empleado lo llama y señala hacia aquí... el atleta va al pie de la escalera y se detiene, se quita la camiseta dejando al descubierto su torso hercúleo y empieza a subir... se cruza en la

escalera con el empleado que baja llevando a mi hijo en brazos... por fortuna ni lo miró siquiera... debajo de la ventana hay un mueble metálico que tiene un micrófono encima... supongo que es para hablar por los altavoces del estadio... aprieto un botón y se enciende una luz roja... soplo violentamente en el micrófono... oigo afuera el ruido ampliado mil veces por los altavoces... la gente que está en el estadio debe haber pensado por un momento que se desató un ciclón... hablo lentamente para que se oigan mis palabras con toda claridad...

—Señor profesor... señor profesor... habla el padre del muchacho... que siguió usted al baño... hágase cargo de él... por lo que más quiera... oigo una llave que entra en la cerradura y la puerta se abre... entra el atleta rubio... cierra la puerta con llave y se guarda ésta en el pantalón... de la cintura para abajo está completamente cubierto de barro... da un grito y se lanza contra mí... me hago a un lado... el atleta pasa de largo y se estrella contra los estantes llenos de copas, las cuales caen haciendo un ruido infernal... una de las copas se le metió en la cabeza... hace esfuerzos desesperados por quitársela... por la ventana veo que se abre una de las puertas que da acceso al estadio... sale un hombre que lleva un periódico debajo del brazo... es el maestro ¡bendito sea!... se acerca donde está el empleado con mi hijo... el atleta camina por el cuarto tratando de quitarse la copa, se tropieza con la mesa, la tumba con todas las copas que hay encima... el maestro se abre un poco el saco y muestra algo al empleado —debe ser una placa—... el atleta ha tropezado con el cuerpo de la mujer que hay en la cama, lo levanta por encima de su cabeza y lo arroja al suelo, lo patea, le tuerce los brazos... cree que soy yo... el maestro toma por la mano a mi hijo y se aleja con él ¡cómo llora mi pobre hijo!... el atleta pasa la mano sobre el cuerpo de la mujer; ya se ha dado cuenta que no soy yo... me acerco lo más que puedo al micrófono y hablo...

—Hijo mío...

mi hijo se detiene y mira hacia acá.

—Hijo mío... debes de ser obediente y hacer caso a tu maestro... sé bueno en clase... aprende mucho... no olví...

no puedo seguir, se me quiebra la voz... quiero verlos salir del estadio... voy a las ventanas que dan a la calle... paso junto al atleta, está a punto de quitarse la copa, ya se puede ver su boca... llego a la ventana y me asomo... mi hijo y el maestro suben a un camión anaranjado que tiene en el techo unas letras blancas: "Liceo Alberto Einstein"... el viejo camión arranca lentamente... me vuelvo... el atleta acaba de quitarse la copa de la cabeza.

El eterno retorno

Enxienplo del lobo con la cigüeña

Al lobo atravesosele hun hueso en la garganta e queriase afogar. E sus ombres fueron ha buscar el phisico e acordaron entre si que non avia phisico que le podiese dar mejor consejo que la cigüeña que avia el pescueço luengo que le podria mejor sacar el hueso. E fueronla a buscar e farraronla, e despues que la ovieron falado, dixerona: — Amiga, nuestro señor, el lobo, tiene un hueso atravesado en la garganta. Rrogamoste alla llegar.

E prometieronla que la farian mucho bien, e ella fue alla e sacole el hueso al lobo; e despues qelo ovo sacado, dixoles que le diesen lo que le avian prometido.

E dixo el lobo: — Non te daran nada, ca asaz te devrias de tener por contenta del bien que te fié cuando te tenia la cabeza en la garganta e te la podiera comer si quisiera.

Ansi acaesce algunas vegadas a llos labradores o a los ombres que sirven a llos señores: cuando les piden que les hagan merçet por el servicio que les han hecho,

rresponden luego los señores: — Asaz te fago de bien quando non te fago quanto mal podria fager.

O commo otros señores digen a sus vassallos: — Que te podria? Dexo venir que bien te podria matar si quisiese.

Otrosi digen a llos ombres que les sirven quando digen que les fagan merçet: — Asaz vos fago quando vos fago el bien que puedo. Si desto non vos pagades, yd a buscar otra vida.

Non paran mientes en commo han servido diez o veynte años, llevando muchas mallas noches e muchos mallos dias por los servir o puesto muchas veces el cuerpo a peligro de muerte por ellos; e quando les demandan que les fagan merçet, digen que llo vayan a buscar a otra parte, e an de fincar alli con el; e quando non lles dan lo que han menester, anillo de tomar e anillo de furtar, e quanto pecado ellos facen, todo es por culpa del señor.

(*El libro de los gatos*)